

**Apocalipsis, trauma y optimismo frente a la catástrofe.
Historiografía mexicana del siglo XIX en torno a la
guerra de intervención**

Rodrigo Díaz Maldonado

► **To cite this version:**

Rodrigo Díaz Maldonado. Apocalipsis, trauma y optimismo frente a la catástrofe. Historiografía mexicana del siglo XIX en torno a la guerra de intervención. Laura Brondino; Rodrigo Díaz Maldonado; Béatrice Perez. L'Élégie du désastre. De l'archive à l'Histoire, Éditions Hispaniques, pp.177-198, 2019, L'Élégie du désastre. De l'archive à l'Histoire, 978-2-85355-104-5. hal-02545661

HAL Id: hal-02545661

<https://hal-amu.archives-ouvertes.fr/hal-02545661>

Submitted on 17 Apr 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Apocalipsis, trauma y optimismo frente a la catástrofe. Historiografía mexicana del siglo XIX en torno a la guerra de intervención

Rodrigo DÍAZ MALDONADO
Université d'Aix-Marseille, CAER

The apocalyptic types –empire, decadence and renovation, progress and catastrophe– are fed by history and underlie our ways of making sense of the world from where we stand, in the midst.

Frank Kermode, *The Sense of an Ending*
(1966)

Las palabras de Frank Kermode que encabezan este ensayo pueden ser consideradas como un resumen anticipado de aquello que la teoría de la historia contemporánea nos dice sobre las catástrofes. Por un lado, la inmensa mayoría de los estudiosos coincide en señalar que las catástrofes (de origen natural o humano) son acontecimientos que trastornan, mucho o poco, aquello que en determinado momento se piensa como la normalidad de las cosas, obteniendo por ello un carácter liminar o apocalíptico. Por otro lado, también hay consenso en señalar que estos eventos producen nuevas formas de dar sentido a la realidad, formas que, a su vez, dependen de las herramientas culturales disponibles dentro de la sociedad afectada por la catástrofe en cuestión¹. Esto significa que las catástrofes no son solamente cosas graves que pasan, sino que, al pasar, afectan nuestros esquemas interpretativos, poniéndolos a prueba, actualizándolos o, en casos extremos, destruyéndolos y obligando a la creación de otros nuevos.

¹ Para una presentación de los diversos aspectos de esta perspectiva véase Carsten Meiner y Kristin Veel (ed.), *The Cultural Life of Catastrophes and Crises*, Berlín/Boston, De Gruyter, 2012.

Vistas de este modo, las catástrofes ofrecen numerosas posibilidades de análisis dentro del campo histórico. Es posible, por ejemplo, estudiar cómo una catástrofe fue experimentada y recordada por sus protagonistas o supervivientes. Esta perspectiva ha conducido en los últimos años a la aparición de una extensa lista de trabajos históricos y teóricos que, pese a su diversidad, comparten el interés por los efectos traumáticos de las catástrofes en la psique humana. Aquí, entre muchos otros, destacan autores como Dominik LaCapra, Cathy Caruth, Henry Rousso y Annette Wieviorka, quienes han estudiado diversos aspectos de los usos y abusos de la memoria individual o colectiva de eventos traumáticos como el Holocausto². Por otra parte, es también posible centrarse en los cambios que generan las catástrofes al interior de una tradición historiográfica, es decir, en sus efectos sobre la representación discursiva del pasado y los problemas teóricos y filosóficos que dichos cambios plantean. Autores como Reinhard Koselleck, Frank Ankersmit o François Hartog, por mencionar sólo algunos, han seguido este camino proponiendo diferentes herramientas teóricas (los horizontes de expectación y los espacios de experiencia, la experiencia histórica sublime o los regímenes de historicidad, respectivamente), para comprender las complejas relaciones entre la experiencia de la realidad (catastrófica o no) y sus representaciones historiográficas³. Existe, además, una nutrida bibliografía que aprovecha ambas perspectivas, que a menudo convergen, para estudiar las catástrofes y sus relaciones con la memoria, la experiencia y la historiografía en distintos contextos culturales y temporales⁴.

² Véase por ejemplo Dominik LaCapra, *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore/London, The Johns Hopkins University Press, 2001; Dominik LaCapra, *Historia y memoria después de Auschwitz*, tr. Marcos Mayer, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008; Cathy Caruth (ed.), *Trauma: Explorations in Memory*, Baltimore/Londres, The Johns Hopkins University Press, 1995; Cathy Caruth, *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative, and History*, Baltimore/Londres, The Johns Hopkins University Press, 1996; Henry Rousso (dir.), *Stalinisme et nazisme. Histoire et mémoire comparée*, Paris, Éditions Complexe, 1999; Annette Wieviorka, *L'Ère du témoin*, Paris, Plon, 1998.

³ Véase especialmente Frank Ankersmit, *Sublime Historical Experience*, Stanford, Stanford University Press, 2005; Reinhard Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, trad. Keith Tribe, Nueva York, Columbia University Press, 2004; François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, Paris, Le Seuil, 2003.

⁴ Por ejemplo Henry Rousso, *La dernière catastrophe: L'histoire, le présent, le contemporain*, Paris, Gallimard, 2013; François Walter, *Catastrophes. Une histoire culturelle XVI^e-XXI^e siècle*, Paris, Le Seuil, 2008; Chris Lorenz y Berber Bevernage (ed.), *Braking up Time. Negotiating the Borders*

Pese a las naturales discrepancias interpretativas que supone tal abundancia bibliográfica, existe casi unanimidad en señalar una característica central de todo acontecimiento que amerite el título de catastrófico. Al ser eventos límite por su violencia, por su novedad o por sus efectos traumáticos, las catástrofes suspenden nuestra capacidad para procesar el flujo habitual de la experiencia, generando así una brecha en el tiempo, un intervalo en el cual el pasado ya no permite explicar el presente ni anticipar el futuro. Lo anterior suele dar lugar al surgimiento de un nuevo pasado, diseñado para explicar las nuevas circunstancias. Sin aludir directamente a las catástrofes, pero claramente pensando en los eventos límite que marcaron la historia del siglo XX, Hannah Arendt definió este proceso en un texto ya clásico:

[T]he appeal to thought arose in the odd in-between period which sometimes inserts itself into historical time when not only the later historians but the actors and witnesses, the living themselves, become aware of an interval in time which is altogether determined by things that are no longer and by things that are not yet. In history, these intervals have shown more than once that they may contain the moment of truth⁵.

Siguiendo esta reflexión, es posible afirmar que aquello que distingue a las catástrofes de otros acontecimientos es, justamente, su capacidad para poner en evidencia ese intervalo entre las cosas que ya no son y las que no son todavía, entre pasado y futuro. De ahí que sean grandes productoras de historiografía, una de nuestras formas preferidas para dar sentido al mundo «from where we stand, in the midst».

Es necesario, sin embargo, añadir una precisión. No todos los eventos límite que perturban la continuidad del tiempo reciben por unanimidad el título de catastróficos. Como es natural, esta atribución depende del punto de vista de quien escribe o recuerda la historia. El caso paradigmático son las grandes revoluciones, cuya representación adquiere el color del bando al que pertenece: vencedores o vencidos.

between Present, Past, and Future, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013; Duncan Bell (ed.), *Memory, Trauma and World Politics. Reflections on the Relationship Between Past and Present*, New York, Palgrave Macmillan, 2006.

⁵ Hanna Arendt, *Between Past and Future. Six Exercises in Political Thought*, New York, The Viking Press, 1961, p. 9.

En el caso de los vencedores, la revolución no es una catástrofe sino un momento de *kairos*⁶. Para ellos se trata de una consumación, que confirma que la historia se movía en la dirección correcta, aunque las apariencias pudieran indicar lo contrario. Su visión suele traducirse en narrativas históricas que subrayan la *inevitabilidad* del proceso revolucionario, y cuya retórica se articula, como señala Albert O. Hirschman, en torno a la creencia de que se está del lado correcto de la historia⁷. En contraste, las catástrofes en pleno sentido suelen ser patrimonio de los vencidos, de aquellos que vieron la destrucción del mundo de sus expectativas. Se trata de las élites desplazadas, los conservadores o reaccionarios, como señala Kosellec⁸. Para ellos el acontecimiento revolucionario representa, en verdad, una ruptura del tiempo, y de ahí su insistencia en volver al pasado para buscar explicaciones o refugio. El mundo posterior a la revolución les resulta tan extraño que suelen producir obras históricas de largo alcance para explicarlo. Estas obras a menudo acentúan la estabilidad e inmutabilidad de la historia, y su retórica se articula en torno a la perversidad, la futilidad o el riesgo que entrañan las reformas introducidas por la revolución⁹.

En este ensayo pretendo explorar algunas de las dinámicas antes descritas en el ámbito de la historiografía mexicana del siglo XIX. El hilo conductor será provisto por un acontecimiento límite en la historia de México que fue experimentado e interpretado como catastrófico, desde los primeros relatos de sus contemporáneos hasta nuestros días. Me refiero a la guerra de intervención de Estados Unidos en México entre 1846 y 1848. No intentaré, por supuesto, una relación

⁶ Utilizo el término en el mismo sentido que Frank Kermode, es decir como un punto del tiempo culminante, cargado de significado por su particular relación con el futuro. Para una explicación completa del concepto: Frank Kermode, *The Sense of and Ending. Studies in the Theory of Fiction*, Oxford, Oxford University Press, 2000 [1966], p. 46-64.

⁷ Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1991, p. 149-163.

⁸ Reinhart Koselleck, «Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico», *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona/Buenos Aires/México, Ediciones Paidós, 2001, p. 43-92.

⁹ Albert O. Hirschman, *The Rhetoric...*, *op. cit.*, *passim*.

exhaustiva de los autores y obras que se han ocupado del tema¹⁰. Me centraré en la identificación de algunas de las actitudes más características que se suscitaron a raíz de la guerra, poniendo especial atención en lo que ésta significó para la reinterpretación del pasado, especialmente de la revolución de Independencia.

I – La catástrofe de la intervención. Crónica del Apocalipsis

El martes 14 de septiembre de 1847, Carlos María de Bustamante, veterano de la guerra de Independencia que combatió al lado de Morelos, prócer republicano e historiador tenaz y extravagante, escribió en su *Diario*:

Actum est de República

Acabóse la República Mexicana
su independencia y libertad, y se han
hecho inútiles mis esfuerzos y
padecimientos para crearla, conservarla
y hacerla feliz.

[...] A las once oí algunos cañonazos y me quedé dormido; a las siete salí de mi casa y supe que en la Plaza Mayor había un cuadro de tropas enemigas como de 300 hombres, que estaba ocupando el Palacio y notando sobre la azotea el pabellón norteamericano que no tuve valor para ver¹¹.

El patetismo es justificado: ese día, don Carlos, horrorizado al igual que muchos de sus compatriotas, se negó a presenciar cómo el ejército norteamericano izaba su bandera sobre el Palacio Nacional. No era el final del conflicto, pero sí su momento simbólicamente más doloroso. A los pocos días, Bustamante prácticamente abandonó su *Diario*, en el cual había escrito sin interrupción desde 1822. Murió poco tiempo

¹⁰ Para un breve balance de la historiografía sobre el tema: Josefina Zoraida Vázquez, «La historiografía sobre la guerra entre México y los Estados Unidos», *Históricas*, vol. 23, n° 2, 1999, p. 475-485.

¹¹ Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México 1822-1848*, ed. de Josefina Zoraida Vázquez Vera y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, México, COLMEX-CIESAS, 2003, disco compacto, t. 55 (VII), mayo-septiembre de 1847.

después, el 21 de septiembre de 1848, de tristeza, según todos los testimonios¹².

Esta muerte, conmovedora a su manera, nos dice mucho acerca de la forma en que se experimentó la invasión norteamericana. Para casi todos los testigos (mexicanos, se entiende, los norteamericanos pensaban distinto) se trató de la peor catástrofe de la historia. La nación, que se había debatido durante años en guerras intestinas y calamidades de todo tipo, finalmente resultó derrotada, humillada y mutilada. Su efecto, para la memoria colectiva, fue literalmente igual que el de un evento traumático en la vida de un individuo. Durante años, los intelectuales mexicanos que sufrieron la intervención vivieron bajo la sombra su amenaza: la disolución definitiva de la nación mexicana. La catástrofe misma, sin embargo, se presentó de múltiples maneras, movilizand o diversas estrategias argumentativas, retóricas e incluso sentimentales, que nos revelan distintas articulaciones del tiempo histórico. En este sentido, no es extraño que la formulación más radical de la catástrofe, puesto que anuló por completo el futuro, haya sido también la primera.

Fue el mismo Carlos María de Bustamante quien inauguró la historiografía mexicana sobre la intervención. Su libro, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, apareció a finales de 1847, es decir, cuando el conflicto aún no había terminado¹³. El propio título nos indica que Bustamante consideró, en principio, el conflicto como una nueva guerra de conquista. De hecho, a lo largo de la obra son numerosas las comparaciones entre el ejército invasor y las huestes de Hernán Cortés, estableciendo así, por analogía, el significado de la intervención dentro del conjunto de la historia de México: era la segunda y quizá definitiva pérdida de la independencia mexicana. Para explicar esto, hay que recordar que Bustamante fue uno de los principales promotores de una forma de identidad nacional

¹² Véase especialmente Lucas Alamán, *Noticias biográficas del licenciado Don Carlos María Bustamante, y juicio crítico de sus obras. Escritas por un amigo de D. Carlos y más amigo de la verdad*, México, tipografía de R. Rafael, 1849; y Victoriano Salado Álvarez, *La vida azarosa y romántica de Carlos María de Bustamante*, México, Jus, 1968.

¹³ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1847, 2 t.

basada en la reivindicación del antiguo imperio azteca como origen, sin solución de continuidad, de la nación finalmente liberada gracias a la guerra de independencia de 1810-1821¹⁴. Bustamante, empero, no construyó esta continuidad entre pasado y presente por medios históricos, analíticos o narrativos, sino por medio de alegorías y metáforas. De hecho, don Carlos leía la historia en clave bíblica: los nuevos eventos eran la confirmación tipológica de acontecimientos anteriores¹⁵. Esto significa que el sentido de cada uno no radica en sí mismo o en sus conexiones y desarrollo, sino en ser una forma de repetición, una alegoría del pasado que revela la existencia de un misterioso proyecto divino. Así, todas las piezas se articulan en un juego de espejos: para Bustamante, los héroes de la Independencia fueron actualizaciones de los trágicos héroes de Anahuac¹⁶; los antiguos tlaxcaltecas, que se aliaron con los españoles para derrotar a los aztecas, reencarnaron en los traidores poblanos que servían como guías a los norteamericanos¹⁷; Taylor y Scott, en fin, actualizaciones de Hernán Cortés, pero quizá más sanguinarios¹⁸.

Estas imágenes no son meros ornamentos retóricos para acentuar el dramatismo. Lo que en realidad muestran es una configuración del tiempo histórico. Tales conexiones sólo pueden tener sentido en un universo que, pese a la variedad de los hechos, se mantiene ajeno al cambio. Las alegorías de Bustamante suponen que una misma moralidad, un mismo sistema de valores y creencias, rige para todos los hombres en todos los tiempos: el bien y el mal son, a sus ojos, categorías esenciales sin historia. Es por eso que la historia *puede repetirse*. Bustamante habita un mundo cuyo equilibrio depende de la economía

¹⁴ Véase Rodrigo Díaz Maldonado, «National Identity Building in Mexican Historiography during the Nineteenth Century. An Attempt at Synthesis», *Storia della Storiografia*, n° 70, 2016/2, p. 73-93.

¹⁵ Utilizo el término tipología en el sentido que le da Northrop Frye, *The Great Code. The Bible and Literature*, New York, Harvest, 1983, p. 78-101.

¹⁶ Por ejemplo, Carlos María de Bustamante, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985, t. 2, p. 391.

¹⁷ Véase, además de *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, Carlos María de Bustamante, *Necesidad de la unión de todos los mexicanos contra las asechanzas de la Nación Española y de la Liga Europea, comprobada con la historia de la Antigua República de Tlaxcallan*, México, Imprenta del Águila, 1826.

¹⁸ Por ejemplo: Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, t. 2, p. 195.

del premio o el castigo que administra la Divina Providencia¹⁹. Fue bajo esta óptica que interpretó la última catástrofe: en 1521 Dios castigó a los mexicanos con la Conquista por culpa de su idolatría; en 1821 les concedió la independencia como premio por sus heroicos sacrificios; por último, en 1847, los castigó de nuevo con la intervención por no haber sabido aprovechar el don de la libertad²⁰. El castigo, aunque fuerte, está justificado. Bustamante culpa a las facciones, a la indecencia, corrupción e incompetencia de los políticos, al sistema federal, a las ideas irreligiosas y, sobre todo, a la figura que parecía encarnar todo lo anterior, el general Santa Anna, quien fue causa e instrumento de la ira divina:

¡Ah! Tú [Santa Anna] no eres mexicano, porque este país solo produce hombres sensibles y dulces; eres un monstruo destacado por el infierno para azote de este pueblo, y cual jamás vieron nuestros padres en el curso de mas de tres siglos...²¹

No obstante, estas ideas no se encuentran ordenadas ni articuladas en torno a una narración, trama o argumento. *El Nuevo Bernal...* es una obra escrita, en su mayor parte, en presente: una crónica en la cual Bustamante registra los acontecimientos según van ocurriendo. El autor comenta las noticias, inserta rumores, anécdotas, documentos, notas de todo tipo, largas digresiones que constituyen verdaderos saltos temporales: van al pasado o al futuro y no siempre regresan al punto de partida, diluyendo casi por completo hilo conductor de la cronología. Esta incapacidad para formular una representación narrativa coherente es, para muchos autores, síntoma inequívoco de un evento traumático²². Esto es cierto, aunque también se podría afirmar que se trata de la representación perfecta: el discurso es tan caótico y carente de conexión como la experiencia misma de la que pretende dar cuenta. Bustamante no ha tenido tiempo de domesticar los

¹⁹ Hay muchos ejemplos: Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, t. 1, p. 154 y p. 160; t. 2, p. 87 y p. 213.

²⁰ Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México...*, *op. cit.*, t. 56 (VIII), septiembre-noviembre de 1847.

²¹ Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, t. 2, p. 91.

²² Véase especialmente: Michael S. Roth, *Memory, Trauma, and History. Essays on Living with the Past*, New York, Columbia University Press, 2012, p. XVIII y ss.

acontecimientos y, por lo tanto, nos presenta su experiencia casi en estado bruto, sin los filtros de la reflexión. Sin embargo, algunos mecanismos compensatorios siguen funcionando ante la falta de coherencia narrativa: el primero es la alegorización, que ya he comentado, que permite a Bustamante explicar los hechos sin necesidad de una narración homogénea; el segundo es de carácter ideológico: la obra está diseñada explícitamente para mostrar la responsabilidad criminal de Santa Anna, cuyas acciones siempre se presentan como producto de la inmoralidad más impecable. De esta forma, la catástrofe en su conjunto adquiere el significado de un castigo colectivo, como ya vimos, pero también presenta una alternativa a la culpa y la vergüenza al señalar a un solo individuo como artífice primordial de la desgracia.

El Nuevo Bernal... es un libro que no concluye, simplemente se termina con una larga reflexión en contra de las dictaduras que no pertenece a Bustamante, sino a un autor español cuyo nombre no nos dice²³. Los últimos acontecimientos relatados pertenecen a los primeros días de marzo de 1847. Al final, Bustamante anuncia la continuación de la obra en un tercer tomo que nunca llegó a publicar²⁴. Para seguir adelante debemos recurrir a su *Diario*, el mismo que seguramente sirvió de base para la redacción de la obra publicada. Es en la crónica del mes de septiembre de 1847 en donde podemos evaluar todo el impacto que la invasión tuvo en Bustamante. Al igual que *El Nuevo Bernal...*, el texto del *Diario* está lleno de hipérboles, exageraciones e incluso insultos. Este tipo de excesos lingüísticos son, como sugiere D. LaCapra, las concreciones estilísticas de los eventos traumáticos²⁵. Los ejemplos son muchos, pero hay uno que me parece especialmente significativo, el epígrafe que encabeza los tomos de su *Diario* relativos a 1847: «Scribe ergo quae vidisti, et quae sunt, et quae oportet fieri post haec», que el propio Bustamante traduce así: «Escribe pues las cosas que has visto, tanto las que son, como las que han de suceder después de éstas». Se trata de las palabras de Jesucristo al apóstol San Juan en el

²³ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, t. II, p. 224-235.

²⁴ *Ibid.*, p. 235.

²⁵ Dominik LaCapra, *Writing History...*, *op. cit.*, cap. 1, *passim*.

versículo 19 del primer capítulo del *Apocalipsis*²⁶. Después de la cita, Bustamante añade: «Mis lectores dirán si he desempeñado este epígrafe». En mi opinión, esto significa que Bustamante no se veía a sí mismo sólo como un cronista de la nueva conquista, a la manera de Bernal Díaz del Castillo; sino como testigo del Apocalipsis. No vivió lo suficiente como para modificar o atenuar sus puntos de vista. Para él, la intervención norteamericana fue, literalmente, el final de los tiempos.

II – La catástrofe conservadora. Trauma y repetición

A diferencia de lo ocurrido con la Revolución Francesa, la independencia política de México no implicó en sus inicios una ruptura radical con el pasado. Pese a que algunos de sus promotores elaboraron una visión de la historia que suponía dicha ruptura, como Servando Teresa de Mier²⁷, en los hechos la Independencia se consumó sobre la base de la continuidad. Este fue el significado de Plan de Iguala, su documento fundador, que estableció la independencia al mismo tiempo que procuró conservar prácticamente todo lo demás: monarquía constitucional moderada con algún monarca Borbón de preferencia, religión católica y fueros eclesiásticos, unión entre americanos y españoles²⁸. Es por esto que durante los primeros años de la vida independiente no es posible identificar conservadores (los vencidos) en el sentido propuesto por R. Koselleck²⁹. Serían los graves conflictos políticos y sociales que surgieron después, con el establecimiento de la República y las luchas entre federalistas y centralistas, y finalmente la invasión norteamericana, los que moldearon una actitud específicamente conservadora³⁰. De hecho, si se revisa la trayectoria política e intelectual de personajes que llegaron a ser vistos como epítomes del conservadurismo, por ejemplo

²⁶ Bustamante, *Diario...*, *op. cit.*, t. 54 (VI), enero-abril 1847.

²⁷ Sobre este punto, Rodrigo Díaz Maldonado, «National Identity Building in Mexican Historiography during the Nineteenth Century. An Attempt at Synthesis», art. cit., p. 81-82.

²⁸ Una copia del Plan de Iguala es disponible en la dirección (consultada el 15 de septiembre de 2018)

<http://lcweb2.loc.gov/service/lawlib/law0001/2010/201086181148/01.pdf>

²⁹ Reinhardt Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, *op. cit.*, p. 83-92.

³⁰ Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo en México*, México, UNAM, 1972, t. I, p. 17-39.

Lucas Alamán, es posible observar que, antes de la guerra con los Estados Unidos, su pensamiento todavía mantenía vínculos con el espectro ideológico del liberalismo moderado³¹. No fue, por lo tanto, la Independencia, sino la intervención norteamericana la que produjo una relectura completa del pasado. La catástrofe de 1846-1848 venía a confirmar todos los temores, todas las dudas que había acumulado entre un sector de los *hombres de bien* desde 1821³². En cierto sentido, la catástrofe les daba la razón en contra de las actitudes progresistas que, a sus ojos, la habían precipitado, lo que les permitió articular sus visiones históricas de retórica conservadora.

Resulta significativo, por otra parte, que en estas versiones de la historia de México, escritas al poco tiempo de la Intervención, la catástrofe misma no se menciona o no se trata directamente. La derrota ante Estados Unidos se presenta como una consecuencia, como el resultado natural de un proceso lamentable, pero no se le relata. Al igual que un evento traumático en la vida individual se oculta a la conciencia, la presencia ominosa de esta catástrofe gravita en los márgenes del discurso, en introducciones, notas o conclusiones, no en la narración misma de los acontecimientos. Esta marginalidad no debe confundirnos: la catástrofe condiciona los relatos en la medida en que el temor de que vuelva a ocurrir, posibilidad sugerida o insinuada varias veces, constituye la justificación misma de su escritura³³. Por razones de espacio, me limitaré a señalar sólo tres ejemplos.

Sin duda, fue Lucas Alamán quien construyó la versión más compleja y articulada del conservadurismo mexicano en el siglo XIX. Nacido en Guanajuato en 1792 de padres españoles cuyas propiedades fueron directamente afectadas por la Independencia, Alamán tuvo una magnífica educación y una brillante carrera política³⁴. La anarquía que siguió al proceso revolucionario y su culminación en la Intervención

³¹ *Ibid.*, p. 63-101.

³² Sobre este punto véase: Michael P. Costeloe, *The Central Republic in Mexico, 1835-1846. Hombres de Bien in the Age of Santa Anna*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

³³ Para una explicación teórica de este proceso, Cathy Caruth, *Unclaimed Experience...*, *op. cit.*, p. 10-24.

³⁴ Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador...*, *op. cit.*, p. 63-101. Véase también Moisés González Navarro, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, COLMEX, 1952; y José C. Valadés, *Alamán. Estadista e historiador*, México, UNAM, 1987.

fueron los detonantes de su escritura histórica, por medio de la cual buscó explicar el presente y justificar sus propuestas para el porvenir. Su obra principal, *Historia de México*, se publicó en cinco volúmenes entre 1849 y 1852, lo que significa que en buena medida fue escrita durante la guerra³⁵. Abarca desde 1808 hasta la muerte de Iturbide, es decir, hasta 1824. Se trata de la primera versión de largo aliento que sobre la Independencia produjo el pensamiento conservador en México. Para el tema que nos ocupa su importancia es capital, pues fue el modelo para casi todos los conservadores posteriores, que muchas veces se limitaron a repetir sus argumentos con ligeras modificaciones. La retórica de toda la obra es por entero característica del conservadurismo del siglo XIX, no sólo mexicano³⁶. Es un ejemplo perfecto de lo que Hirschman denominó la «tesis de la perversidad», que funciona de la siguiente manera:

The structure of the argument is admirably simple, whereas the claim being made is rather extreme. It is not just asserted that a movement or policy will fall short of its goal or will occasion unexpected costs or negative side effects: rather, so goes the argument, *the attempt to push society in a certain direction will result in its moving all right, but in the opposite direction*³⁷.

Para Alamán, la Revolución de Independencia se llevó a cabo sobre la base de la «filosofía irreligiosa y anti-social del siglo XVIII»³⁸, la cual, ignorando que cualquier cambio debe sustentarse en la tradición, pretendió una mudanza completa no sólo del estado político de la Nueva España, «sino también [d]el civil, atacando las creencias religiosas y los usos y costumbres establecidos, hasta venir a caer en el abismo en que estamos»³⁹. Así, los cambios que trajo la Independencia no sólo no llevaron al país a la felicidad, sino que lo dejaron al borde de la desaparición definitiva.

³⁵ Para este trabajo consulté la segunda edición: Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1883, 5 tomos.

³⁶ De hecho, Alamán fundamenta expresamente su visión de la historia en Edmund Burke (Lucas Alamán, *Historia de México, op. cit.*, t. V, p. 7).

³⁷ Albert O. Hirschman, *The Rhetoric...*, *op. cit.*, p. 11.

³⁸ Lucas Alamán, *Historia de México, op. cit.*, t. V, p. 696.

³⁹ *Ibid.*, t. I, p. 47.

A diferencia de Bustamante y su representación alegórica, Alamán intenta explicar históricamente «el abismo», colocando su origen no en el castigo divino, sino en la disolución de los valores del Antiguo Régimen. La culpa, sin embargo, no radica en la idea misma de independencia, cuyos efectos podrían haber sido benéficos de haberse respetado las costumbres y valores tradicionales como lo establecía el Plan de Iguala⁴⁰. Una vez traicionada la tradición, la historia del país se convierte en una tragedia que progresa irremediamente siguiendo la tesis de la perversidad: cada nuevo proyecto, cada nueva ley o cada intento por remediar las cosas termina por agravarlas.

Alamán comienza la obra con una larga noticia preliminar sobre la economía, la sociedad y el sistema de gobierno del Reino de la Nueva España, transmitiendo una imagen de completa prosperidad y ventura⁴¹. Después, relata detalladamente los principales acontecimientos políticos y sociales de la guerra hasta la muerte de Iturbide y la proclamación de la República en 1824. No se ocupa de los acontecimientos posteriores, pero deja claro que esos fueron los años que precipitaron la catástrofe de la intervención norteamericana. Al finalizar la obra, Alamán hace un balance para mostrar todo lo que el país perdió desde la consumación de la Independencia hasta la guerra de 1846. El resultado es desolador, al grado que el autor llega a proponer un título alternativo a su obra, el mismo que usó Bartolomé de las Casas tres siglos atrás, para hablar de la conquista: «Historia de la destrucción de las Indias»⁴².

Pero mostrar los errores cometidos no es el único objetivo de Alamán. Lo que pretende es que sus compatriotas encuentren los medios para recuperar al menos una parte de lo perdido. Sin embargo no se propone un regreso nostálgico al pasado, pese a la imagen idealizada que presenta del mundo colonial. Alamán sabe que ese mundo ha sido destruido. Por lo tanto, lo que resta por hacer es descubrir las fuerzas

⁴⁰ Véase especialmente el capítulo XII del t. V, p. 271. De hecho, Alamán separa tajantemente la «revolución vandálica» iniciada por Hidalgo y Morelos de la verdadera Independencia proclamada por Iturbide gracias al apoyo de los propietarios y las clases ilustradas del país que habían combatido a los primeros. De esta forma, la Independencia misma fue obra más del pasado que de los grupos progresistas que la habían iniciado.

⁴¹ *Ibid.*, t. I, p. 49-71.

⁴² *Ibid.*, t. V, 685.

morales que han sobrevivido a la catástrofe y aprovecharlas en la medida de lo posible. Por eso establece un plan de acción para el futuro: teniendo como base la moral todavía incorrupta del pueblo, será posible reorganizar todo el sistema de gobierno, el federalismo, la hacienda pública, el ejército... En cada caso, Alamán propone conservar lo bueno que puedan tener las nuevas tendencias y costumbres progresistas, pero eliminando lo «nocivo y perjudicial» para sustituirlo con alguna variación innovadora de la época virreinal⁴³. De este modo, en la prosa de Alamán resuena una ligera nota positiva: gracias a la catástrofe es por fin posible una auténtica catarsis histórica. Si todo ha sido destruido, todo queda por hacer. El futuro dependerá de que se valoren las experiencias del pasado, de que se asuma la gravedad del peligro que la catástrofe presagia. Este optimismo no radica en los hechos, sino en la idea de que existe un plan divino que todavía puede deparar un giro positivo:

Nosotros, guiados por las verdades de la fe cristiana, debemos reconocer y adorar en todos los sucesos humanos los decretos de la Providencia divina, que por fines inescrutables a nuestra limitada capacidad, deja en juego las pasiones de los hombres hasta que le conviene contenerlas y desbaratando sus planes por los medios más inopinados, sabe sacar bien del mal y todo lo conduce por senderos que no podemos penetrar⁴⁴.

De esta forma, el acontecimiento apocalíptico que mató de tristeza a Bustamante, es para Alamán una etapa de un drama fraguado mucho antes. Aunque para él la historia se rige todavía por los designios de la Divina Providencia, la catástrofe de la intervención, a la que rara vez menciona directamente, deja de ser un castigo divino y se desdobra, convirtiéndose en proceso histórico: en el pasado fue la Independencia, la cual se compró «a costa de todos los bienes que la América española disfrutaba»⁴⁵; en el futuro una nueva intervención puede repetirse en la forma de la total aniquilación del pueblo mexicano, dejando sólo su recuerdo como advertencia:

⁴³ *Ibid.*, t. V, p. 698-722.

⁴⁴ *Ibid.*, t. II, p. 309.

⁴⁵ *Ibid.*, t. V, p. 685.

[...] pero si los males hubieren de ir tan adelante que la actual nación mexicana, víctima de la ambición extranjera y del desorden interior, desaparezca para dar lugar a otros pueblos, a otros usos y costumbres que hagan olvidar hasta la lengua castellana en estos países, mi obra todavía podrá ser útil para que otras naciones americanas [...] vean por qué medios se desvanecen las más lisonjeras esperanzas y cómo los errores de los hombres pueden hacer inútiles los más bellos presentes de la naturaleza⁴⁶.

Quedaba, pues, el consuelo precario de servir como ejemplo de lo que no se debe hacer. Esto no desanimó a Alamán, que continuó trabajando para implantar su programa conservador dentro del último gobierno del general Santa Anna. No pudo conseguirlo. Murió de una pulmonía agravada por agotamiento el 2 de junio de 1853.

El fantasma de la disolución nacional desatado por la catástrofe también recorre las páginas de Luis Gonzaga Cuevas (1799-1867), político y diplomático conservador y el segundo de mis ejemplos. Gonzaga Cuevas no sólo fue testigo de la catástrofe, sino que fue uno de sus protagonistas⁴⁷. En efecto, al lado de Bernardo Couto y Miguel de Atristaín, Gonzaga Cuevas fue uno de los comisionados que se vieron obligados a firmar, el 2 de febrero de 1848, el tratado de Guadalupe-Hidalgo, que ponía fin a la guerra cediendo la mitad del territorio nacional a cambio de 15 millones de dólares. La amargura que esto le produjo se vio reflejada en una larga obra, a medio camino entre el ensayo político y el filosófico, que se publicó entre 1851 y 1857. El título es elocuente por sí mismo: *Porvenir de México*. No se trata de un relato tradicional, sino de una larga serie de reflexiones sobre el carácter del pueblo mexicano y sobre los principales acontecimientos que han conducido a su desgracia y amenazan su futuro. Abarca desde la consumación de Independencia hasta el año de 1862 si se consideran sus apéndices. Su interpretación del pasado es muy semejante a la de Alamán, por lo que respecta a la importancia de la herencia española y

⁴⁶ *Ibid.*, t. I, p. 48.

⁴⁷ La vida y obra de Luis Gonzaga Cuevas han sido muy poco estudiadas. Para su biografía, ver Enrique Cárdenas de la Peña, *Tiempo y tarea de Luis Gonzaga Cuevas*, México, ed. Juan Cortina Portilla, 1982. El mejor análisis de su pensamiento, Ricardo Ledesma, «La historia, México y Dios. El Porvenir de México de Luis Gonzaga Cuevas: una interpretación teológica de la historia», México, UNAM, tesis de licenciatura, 2010.

de la religión. También atribuye los males de la patria al predominio y difusión de las ideas antisociales de la Ilustración, siguiendo la línea del providencialismo histórico presupuesto por «la tesis de la perversidad»:

Es una pretensión insensata separarse de las ideas comunes, pero sanas y rectas, sobre el estado de la sociedad, y promover combinaciones que pueden honrar a un escritor, pero que son insuficientes para las necesidades de la especie humana⁴⁸.

Gracias a las ideas modernas, piensa Gonzaga, bien puede ser que «presenciáramos el retroceso de la civilización y el reinado de una anarquía interminable»⁴⁹. Para Gonzaga el daño ha sido tan profundo que la solución ya no se encuentra en reformas administrativas o en el uso de la fuerza. Es necesaria una restauración completa del sistema de valores, una vuelta a la tradición contenida en el Plan de Iguala de 1821 que permita enfrentar al enemigo del futuro:

Al politeísmo de nuestros vecinos, a su democracia, a su gobierno, que no tiene creencia ninguna, a sus instituciones, debimos oponer la unidad católica, la grandeza y magnificencia de nuestro culto, una administración paternal y un código que fuera la expresión del genio de la nación y el cimiento de la paz⁵⁰.

La visión de la historia de Gonzaga es ligeramente más orgánica que la de Alamán: la Independencia no fue para él una catástrofe, sino el desarrollo natural del hijo, que al crecer, se separa de los padres para hacer su propia vida. En esto, la Independencia sólo forma parte del plan de la Providencia. De hecho, todo habría salido bien si, de nuevo, el hijo emancipado hubiera seguido los preceptos contenidos en el Plan de Iguala: «religión, independencia y unión». México, mal influenciado por las ideas liberales y con una educación deficiente debida a los descuidos de la madre patria, se había extraviado en el camino y, ahora, la Providencia castigaba sus malos pasos con golpes

⁴⁸ Luis Gonzaga Cuevas, *Porvenir de México, o juicio sobre su estado político en 1821 y 1851*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1851-1857, vol. 1, p. VIII.

⁴⁹ *Ibid.*, p. V.

⁵⁰ Esta cita se encuentra en una edición posterior que incluye los apéndices: Luis Gonzaga Cuevas, *Porvenir de México*, estudio introductorio de Juan Ortega y Medina, México, CONACULTA, 1992, vol. 2, p. 587.

terribles⁵¹. Por desgracia, México parece no querer aprender de las lecciones, cada vez más duras. De esta forma, por los errores cometidos, cada paso de la nueva nación desde la muerte de Iturbide, verdadero punto de inflexión histórica a los ojos de Gonzaga, se transforma en una catástrofe:

Sin la voluntad firme que no tuvimos, cuando comenzó nuestra existencia política, para contrariar las influencias y abusos que nos preparaban tanto infortunio [...] era indispensable que cada ensayo fuera una catástrofe, y que cada sistema o gobierno apareciese entre nosotros como una calamidad pública⁵².

Para Gonzaga, la guerra contra Estados Unidos no fue lo peor que podía pasar, fue sólo el último y más enérgico aviso de la Providencia. La verdadera catástrofe yace en el futuro: la disolución definitiva de la nación, la pérdida de la independencia, el exterminio de la raza hispanoamericana. Luis Gonzaga tuvo tiempo suficiente de ver realizados sus temores. La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano fueron para él la catástrofe definitiva. Murió en la miseria, el 2 de enero de 1867, meses antes de la caída del Segundo Imperio. El último de mis ejemplos es Francisco de Paula Arrangoiz y Berzabal, también descendiente de españoles y, como los demás, activo político conservador⁵³. Al igual que muchos *hombres de bien*, abrazó la causa monárquica, en el convencimiento de que era la única salida a la anarquía anunciada por Alamán y Gonzaga. De hecho, formó parte de la comisión que viajó a Europa para entregar la corona de México a Maximiliano de Habsburgo. Su principal obra histórica fue *México desde 1808 hasta 1867*, publicada en Madrid entre 1871 y 1872⁵⁴. Su interpretación del pasado colonial y de la guerra de Independencia es

⁵¹ Véase: Ricardo Ledesma, «La historia, México y Dios...», *op. cit.*, p. 84-86.

⁵² Luis Gonzaga Cuevas, *Porvenir de México...*, *op. cit.*, ed. de I. Cumplido, vol. 1, p. 5.

⁵³ Se trata de un autor muy poco estudiado. Sobre su pensamiento los mejores trabajos son el de José Antonio Matesanz, «Notas sobre el conservadurismo de Francisco de Paula Arrangoiz», *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n° 6, 1977, p. 51-68; más recientemente, Rosa América Granados Ambriz «Las ideas conservadoras de Francisco de Paula y Arrangoiz en su obra *México desde 1808 hasta 1867*», México, UNAM, tesis de licenciatura, 2007.

⁵⁴ Francisco de Paula de Arrangoiz, *Méjico desde 1808 hasta 1867*, Madrid, Imprenta de Pérez Dubrull, 1871-1872, 3 tomos.

prácticamente idéntica a la de Alamán, de quien toma toda la información. Pero, a diferencia de Alamán y de Gonzaga, Arrangoiz no ve nada bueno, ni natural ni benéfico en la Independencia. Sencillamente no debió ocurrir. Fue una catástrofe en plena forma, inexplicable y sanguinaria. Justo por eso fue capaz de imaginar que era posible dar marcha atrás, dando rienda suelta a un sectarismo desenfrenado. Su visión del pasado colonial es por completo idealizada, como lo muestra su aprobación del dictamen de la Asamblea de Notables que restablecía la monarquía en 1863:

Como involuntariamente, en medio de las hondas congojas y de la intensidad de los males que han sido el triste patrimonio de estas últimas generaciones, volvemos nuestros ojos llenos de lágrimas, a esos siglos que nuestros tribunos llaman de oscurantismo y de opresión, de grillos y cadenas, y exhalamos de nuestros pechos suspiros lastimosos tras el bien perdido de la paz, de la abundancia y de la seguridad que entonces disfrutaron nuestros predecesores⁵⁵.

Será su partido el encargado de dar marcha atrás en el tiempo. Arrangoiz ya no se preocupa por los llamamientos a la unidad. Para él sólo existen unos verdaderos mexicanos, los conservadores: blancos, educados, propietarios, decentes y cristianos. Todos los demás son plebe, populacho, bandidos, libertinos e infieles⁵⁶. Su partido, pues, era el único capaz de salvar a la nación. Por lo tanto, el Imperio de Maximiliano no fue para él una invasión extranjera, sino un esfuerzo heroico para preservar la continuidad entre pasado y presente:

Los hijos y los descendientes de los que en 1821 llamaban al trono de México a Fernando VII, son los que llevaron al trono a Maximiliano: fue el mismo partido, el conservador, al cuál ningún otro, en ningún país, le ha llevado ventaja en consecuencia y abnegación⁵⁷.

⁵⁵ *Ibid.*, t. I, p. 126-127.

⁵⁶ José Antonio Matesanz, «Notas sobre el conservadurismo de Francisco de Paula Arrangoiz», art. cit., p. 53.

⁵⁷ Francisco de Paula y Arrangoiz, *Méjico desde 1808 hasta 1867*, op. cit., t. I, p. V.

Semejante visión no podía conducir más que a un nuevo desplazamiento temporal de la catástrofe: la guerra contra Estados Unidos fue, para Arrangoiz, sólo un cruel desengaño:

Ocuparon la capital los enemigos a las ocho de la mañana del catorce, y el dieciséis, aniversario del grito de Dolores, flotaba el pabellón de las estrellas sobre el palacio de los virreyes y de los presidentes. ¡A los veintiséis años menos once días de la entrada del ejército trigarante a la capital! ¡Cuán gran desengaño para los que presenciaron ambos acontecimientos, y se habían formado tantas ilusiones el veintisiete de Septiembre de 1821!⁵⁸

La derrota, pues, dejaba claras dos cosas: la responsabilidad criminal de los liberales, y la verdadera naturaleza del proyecto político del gobierno de Washington: el exterminio de la raza blanca española, para después poder conquistar todo el territorio⁵⁹.

Nuevamente, aparece el trauma y el peligro de su repetición. Pero ahora el fantasma flota sobre una nueva catástrofe histórica: la caída del Segundo Imperio, que repetía a su manera la catástrofe originaria de la Independencia. Maximiliano resultó más liberal que conservador, adoptó en parte el programa político de la Reforma, y alejó de sí a todos los verdaderos mexicanos. Aunque bueno y noble, el Emperador se dejó guiar por fuerzas que atentaban contra México. Esa fue su ruina y la del país. Así, llegó la última y verdadera catástrofe: la muerte de Maximiliano fue la muerte del partido conservador, y con ella se hizo posible la restauración de la República bajo el gobierno de Benito Juárez. Para nuestro autor, esto significó el triunfo definitivo del populacho sin respeto alguno por la religión, la propiedad o las personas. Había llegado, finalmente, la noche. Francisco de Paula Arrangoiz, murió en Madrid, exiliado, el 11 de noviembre de 1889.

⁵⁸ *Ibid.*, t. II, p. 286.

⁵⁹ *Ibid.*, t. II, p. 293.

III – Epílogo. La catástrofe como optimismo

Como hemos visto, la guerra de intervención produjo varias narrativas históricas de carácter conservador. Poseen varios puntos en común, pero sobresale la exaltación del pasado virreinal y de sus virtudes sociales y políticas. Este apego a la tradición los llevó a redefinir el valor y significado de la Independencia. En muy poco tiempo se pasó de considerarla como el bien más inestimable que Dios concedió a los mexicanos (Bustamante, 1847), a definirla como el más grande error cometido por un pueblo (Arrangoiz, 1871). En el camino se encuentran las interpretaciones más neutrales, pero críticas de igual manera, de Alamán y Gonzaga. Esta redefinición del pasado llevó, inevitablemente, a modificar las expectativas sobre el futuro y el presente. El resultado fue que la invasión norteamericana se evaluó de forma inversamente proporcional al valor concedido a la Independencia. Para Bustamante, ferviente devoto de la Independencia, la invasión significó el final de la historia. Alamán y Gonzaga, críticos no tanto de la Independencia misma sino de la forma en que se llevó a cabo, explicaron la invasión como una consecuencia de los errores cometidos, desplazando así la verdadera catástrofe hacia un futuro indeterminado, aunque Gonzaga terminó por situarla en la invasión francesa. Finalmente Arrangoiz, detractor convencido de la Independencia, dio a la invasión el modesto papel de un desengaño para los ingenuos, colocando la verdadera catástrofe en el triunfo de Juárez y en la derrota de aquellos que buscaban restaurar el mundo *anterior* a la Independencia. Se trata, pues, de un proceso de radicalización del conservadurismo, que se refleja también en sus expectativas políticas concretas: desde el republicanismo centralista de Bustamante hasta la monarquía casi absoluta propuesta por Arrangoiz. Al mismo tiempo, el pensamiento liberal mexicano del siglo XIX recorría un proceso similar de autodefinition. A diferencia del conservadurismo, sin embargo, el liberalismo fija sus objetivos, su realización, en el futuro, no en el pasado. Es gracias al futuro que se puede salvar cualquier brecha en la continuidad del tiempo. Así, el mal en el mundo puede ser asimilado como parte de un proceso mayor de

cuyos resultados benéficos no se duda. Esto no significa que los liberales mexicanos hayan minimizado o ignorado las penurias y desgracias, sino que les confieren un trasfondo último de utilidad moral o necesidad histórica. De esta forma, los males causados por la Independencia o la Intervención Norteamericana siguen siendo males, terribles y dolorosos, pero necesarios en la lucha por la libertad. Son, hasta cierto punto, procesos naturales, como los dolores de parto, y se les soporta por la promesa que contienen. Con esto se eliminó la relación causal entre ambos acontecimientos que establecía, en diversos grados, el pensamiento conservador. Para los liberales la Independencia no fue la causa de la Intervención, sino que ambos eventos forman parte de un mismo proceso libertario. De este modo, más que de las catástrofes, los liberales se lamentan de la resistencia que les ofrece una realidad indócil a sus proyectos de libertad y de progreso. Lo que a ellos les estorba es, justamente, aquello que los conservadores quieren conservar. Es la supervivencia de lo antiguo el origen de los males, no las novedades.

Esto no significa, por supuesto, que los liberales hayan interpretado la invasión norteamericana de forma positiva. Para ellos también constituyó una catástrofe, quizá más dolorosa porque fue una afrenta perpetrada por la nación que en muchos casos les había servido de modelo político. Por lo mismo, casi no se le menciona: la mayoría de los testimonios liberales más inmediatos fueron escritos y diseñados no para explicar y relatar la catástrofe, lo que hacen incidentalmente, sino para evadir o distribuir las responsabilidades. Fue hasta el Porfiriato que la guerra con Estados Unidos pudo ser procesada e integrada como parte de la historia del liberalismo triunfante. Esta transformación resulta muy interesante, y la podemos observar de forma muy clara en los textos que preparó Justo Sierra Méndez para la instrucción primaria entre 1894 y 1907, que, por falta de espacio, serán mi único ejemplo al respecto⁶⁰. En todos sus trabajos de historia patria, Sierra describe la guerra con Estados Unidos poniendo énfasis en las operaciones

⁶⁰ Estos trabajos se encuentran reunidos en el tomo IX de sus obras completas: Justo Sierra Méndez, *Obras completas*, vol. 4, *Ensayos y textos elementales de historia*, ed. de Agustín Yáñez, México, UNAM, 1949.

militares, lo que le permite transformar las derrotas en ejemplos de heroísmo mexicano. Así, el honor nacional queda salvado, pese a la «vergüenza y dolor inolvidables»⁶¹ de ver hondear la bandera norteamericana en Palacio Nacional. La guerra es para Sierra un acto injustificado y alevoso de una potencia contra una nación exhausta por sus conflictos internos. De este modo, a diferencia de los conservadores, Sierra no ve en la invasión la confirmación de todos los terrores o el inicio del fin de la nación mexicana, sino al contrario, ve en ella una posibilidad que se confirmará en el futuro, es decir, en su propio presente:

El pueblo americano había cometido un gran crimen, nosotros habíamos recibido una gran lección; ¿renunciáramos a las guerras civiles que nos debilitaban y agotaban nuestra energía y disolvían nuestro patriotismo?⁶²

Desde su atalaya en lo alto de la Paz Porfiriana, la respuesta de Sierra es afirmativa. México había aprendido la lección y caminaba, libre y tranquilo, rumbo al progreso, ignorante de las próximas catástrofes. Justo Sierra murió en Madrid, el 13 de septiembre de 1912, mientras se desempeñaba como Ministro Plenipotenciario de México durante el trágico y breve gobierno de Francisco I. Madero.

⁶¹ *Ibid.*, p. 366.

⁶² *Ibid.*, p. 362.